



CUARESMA Tema 4 "...El camino de la santidad: creer en el amor de Dios siendo muy pobres

Tres certezas en nuestro camino de santidad:

- Creer en el amor inmenso que Dios nos tiene
- Reconocer y aceptar nuestra nada y miseria
- Entregarnos con entera confianza a la misericordia de Dios

I. SABERSE AMADO DE DIOS

Si tuviésemos que resumir en una frase toda la sagrada Escritura, tal vez habría que elegir esta: "**Dios es Amor**". Es la verdad más maravillosa que se nos puede decir. La esencia de Dios es amor, y por tanto **no puede dejar de amar**, igual que el fuego no puede dejar de quemar y el agua de mojar. Todo lo demás que se nos revela en la Escritura es consecuencia: Dios crea por amor, nos salva por amor, aunque esa salvación le suponga hacerse hombre y tomar la condición de esclavo, hasta llegar a entregar su vida en el sacrificio de la Cruz.



San Juan recoge frases como estas:

"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna".

"En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero". De manera que una buena definición de cristiano es haber conocido este amor:

"Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él".

San Juan Pablo II, dijo: "Dios en su vida íntima es amor... en el Espíritu Santo esa vida íntima de Dios, uno y trino, se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que, por el Espíritu Santo, Dios existe como don".

"Dios nos ama de modo profundo, total, sin distinciones; nos llama a la amistad con él; nos hace partícipes de una realidad por encima de toda imaginación y de todo pensamiento y palabra: su misma vida divina. Con conmoción y gratitud tomamos conciencia del valor, de la dignidad incomparable de toda persona humana y de la gran responsabilidad que tenemos para con todos. «Cristo, el nuevo Adán – afirma el concilio Vaticano II – en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación... El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (Const. Gaudium et spes, 22).

Creer en este amor,

1. Es la clave de la santidad. Los santos lo son al sentirse tan inmensamente amados por Dios. Así lo expresó Francisco de Asís a Paolo, aquel buen campesino:

"- ¿Y yo? – contestó el paisano bromeando –, ¿también puedo llegar a ser santo? – Pues claro, Paolo – dijo Francisco –. A ti también te quiere Dios. Tanto como a mí. Basta con creer en ese amor para que se te cambie el corazón".

2. Es también la clave de la felicidad humana. El amor tiene una increíble fuerza humanizadora: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre» (RH 10).

Además, es muy grande el **poder "sanador"** del amor, sobre todo, en el ámbito familiar: "El amor de los esposos y el de los padres es capaz de curar estas heridas" (San Juan Pablo II)

Un joven sufre grave accidente. La madre se personó en el hospital. -Su hijo -le dicen- lucha entre la vida y la muerte; la

menor excitación podía resultarle letal... La madre prometió no hablar, ni hacer ruido, pero suplicó poderle ver en la UCI. Con el corazón destrozado, obedeció. Los ojos de su hijo estaban cerrados. Ella le puso suavemente la mano en su frente y le acarició la mejilla, como solía hacerle de niño. Pronto el joven, sin abrir los ojos, susurró: «Madre, has venido...» (J. M.^a Alimbau)

3. Y es el fundamento de la caridad cristiana, de todo el comportamiento: "Queridos, si Él nos amó de esta manera, también nosotros nos tenemos que amar unos a otros" (1 Jn 4, 10-11).

Todos los santos se han sentido inmensamente amados de Dios. A Santa Teresita, por ejemplo, esa certeza de ser amada por Dios es muy clara:

"Más que las cosas pequeñas, es el **conocimiento del amor de Dios** que tuvo Teresa lo que funde todo, lo que explica todo, lo que abre los horizontes de su Caminito de infancia espiritual" (P. M. Eugene de l'Enfan Jesus).

Y su hermana Celina, cuenta: "Leía el otro día a mi enfermita (Teresa) un pasaje sobre la beatitud del cielo, y me interrumpió diciéndome: -"No es eso lo que me atrae". Entonces ¿qué es?, le repliqué. -"¡El amor! Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al Amor..." (N Verba).

Cuidado con las falsas imágenes de Dios

El mundo necesita de Dios, pero no de un Dios cualquiera, sino de Jesucristo, el Dios hecho amor por nosotros... Por eso rechazamos las falsas imágenes de Dios que podamos tener: la de un Dios vengador, vigilante, castigador,...

El verdadero Dios tiene sed de darse, su amor es difusivo de suyo. "Dios no ha creado el mundo ni a los hombres para aumentar su felicidad ni su perfección, sino para manifestarla por los bienes que concede a los hombres (Conc. Vaticano). No quiere más que nuestro bien ("**Amar es querer el bien del amado**" Aquino). Nos ama con un amor de amistad, oblativo...

Dios nos hace partícipes de su felicidad. Al amarnos nos concede la gracia inaudita de participar en su propio ser y de su propia alegría. Por este amor, Dios es glorificado pero el hombre es verdaderamente colmado, realizado, extasiado...

Es un **Dios mendigo de amor**. Dios infinitamente rico que inclina la rodilla delante de su criatura mendigando su amor. Un **Dios atraído por nuestra pequeñez**. No quiere el pecado, pero ama y busca siempre al pecador, con ansias de amarlo. Goza transformando su amor en misericordia. Es como si el pecado tuviese el poder de redoblar el amor de Dios por los pecadores. Cuán grande debería ser nuestra confianza, siendo lamentablemente, lo contrario lo que suele ocurrir, porque en seguida caemos en desconfianza, en desaliento, en orgullosos...

II. ACEPTAR NUESTRA POBREZA

Que Dios nos ame así, es lo que más nos debería impulsar a ser audaces. ¿Pero cómo aceptar y superar la gran distancia entre Dios y nosotros, entre lo muy alto de Dios y lo muy bajo nuestro (de nuestra naturaleza tan pobre)? Debemos estar dispuestos a abrazar nuestra dura realidad con sus grandezas, pero también con los propios errores, miserias y pobreza. De lo contrario, no despegaremos nunca. Dios no transforma almas virtuales, se ocupa de las almas reales. La materia de nuestra santidad es mi yo real y no el soñado.

No basta con hacer el recuento de nuestras imperfecciones, es preciso **aceptarlas serenamente**, lo cual no resulta nada fácil. La no aceptación de mi yo real puede ser origen de muchas rigideces interiores que van a bloquear literalmente la

irrupción del amor de Dios (actúan a modo de mecanismos de defensa, bloqueadores).

Es preciso conocer nuestro "cuadro clínico" espiritual y moral. Es decir, conocer cómo estoy de susceptibilidad, de tendencia a auto justificarme o a la reacciona airada u orgullosa, de pequeños complejos en el trato con los demás, de volubilidad del carácter, de estabilidad emocional, de tendencia al perfeccionismo o al rigorismo o al voluntarismo... Todas estas limitaciones temperamentales o de salud, todas estas pruebas interiores y melancolías... no facilitan en principio el ejercicio de la virtud o, al menos, crean la impresión muy grande de no alcanzar nada.

¿Qué hacer ante tantos posibles obstáculos de la naturaleza?

Podemos, o resignarnos, o tal vez, peor, desesperarnos. O quizá ir tirando, resignándonos a la mediocridad...

Pero podemos también maravillarnos del poder de la gracia divina y del Corazón de un Dios atraído por la pequeñez, hasta poder llegar a descubrir, incluso, que nuestra pequeñez ¡es una suerte! Si nuestros límites, con su cortejo de miserias, son plenamente acogidos, el obstáculo se puede convertir en trampolín, en imán capaz de atraer literalmente la gracia de Dios. Para ello tenemos que mirar nuestras miserias como las ve Dios. "El hombre mira a los ojos, pero Dios mira el corazón" (1 Sam 16,7).

1º. Aceptar nuestras miserias.

Hay dos soluciones: vivir en lo irreal, soñando ser lo que no existe, o reconocer y aceptar con toda verdad y sencillez lo que somos: mucha miseria, mucha pobreza y también heridas... Entonces será cuando Dios actúe por su Espíritu y nos transfigure.

Ahora bien, **acoger no quiere decir ser cómplices del mal**. No suavicemos ni justifiquemos el mal. Y menos lo llamemos bien.

Todo con verdad y con paz, sabiendo que hay muchas cosas en nosotros que no podremos cambiar. "Señor, enséñame a discernir las cosas que puedo cambiar de las que no puedo cambiar. Dame el valor de cambiar las primeras y dame también la fuerza para aceptar las segundas" (S, Francisco de Sales). Tendremos quizá que aceptar con humildad que algunas miserias permanezcan durante mucho tiempo (Francisco de Sales dijo que nuestro amor propio morirá un cuarto de hora después de nosotros).

2º. No desanimarme ni compararme

Es una gracia que hay que pedir. Que el Señor nos libre de las envidias, de los celos, de los resentimientos enquistados... Es una enorme liberación. No hay dos almas iguales. Cada alma es un proyecto único de santidad. Por eso jamás compararme.

Y pedir la humildad de alegrarme de que los demás avancen más y sean más reconocidos con tal de que yo me esfuerce en agradar en todo al Señor. Letanías de la humildad. "Caminemos por estos bajos valles de humildes y pequeñas virtudes" (S. Francisco de Sales a Santa Juana Chantal).

3º Vivir bajo la mirada de Dios

Que pensemos más en el juicio de Dios que en el de los hombres. "Yo soy el Señor. Camina en mi presencia y sé perfecto" dijo Dios a Abraham (Gen 17,1). Somos muy esclavos del qué dirán. Es muy necesaria esta liberación, pues solo el amor de Dios eleva y transforma a la criatura.

El mundo, en consecuencia, juzga con criterios de mundo. Cuenta Celina: "Frecuentemente me decía que debemos juzgar a los otros con caridad, pues lo que parece muy a menudo una negligencia a nuestros ojos puede ser heroísmo a los ojos de Dios. Una persona cansada, con dolor de cabeza o que sufre en su alma, hace más cumpliendo la mitad de su trabajo que otra, sana de cuerpo y de

espíritu, que lo haga todo completo. Nuestro juicio debe ser siempre favorable al prójimo"

4º Dios se sirve de nuestras pobreza

Pero hay que ir más allá de la mera aceptación de nuestra pobreza, ¡hay que amarla! Nuestras pobreza no asustan a Dios, ni le hacen huir de nosotros, al contrario atraen su amor hacia nosotros. Más aún, en su divino poder, es capaz de servirse de ellas para conducirnos al abandono y a la humildad (virtud de las virtudes, clave de toda santidad).

Esta pedagogía de Dios es desconcertante: lo que nosotros vemos espontáneamente como un obstáculo para nuestra santificación, Dios lo ve como un medio. Cuando el alma descubre esta sabiduría celestial, se activa en ella una velocidad superior: entra en el punto de vista divino.

Así el alma hace el **gran descubrimiento**: lo que consideraba un obstáculo (su miseria, su pecado, su nada, sus manos vacías,...) son el gran atractivo del amor de Dios. Él quiere "descargar" su amor en el vacío de mi miseria.

III. DECIDIRSE POR DIOS

Es necesaria una determinación seria para ser santo. No basta el "dejarse llevar". Dios es tan respetuoso con nuestra respuesta de Amor que se deja mandar por el alma, por la intensidad de su deseo.

"Soy demasiado pequeña para subir la escalera de la perfección", decía Santa Teresita. Pero **no dejaba de intentar subirla** como un niño pequeño, sin desanimarse nunca. El Padre de los cielos, en lo alto de la escalera, en cualquier momento puede tomarla en sus manos y elevarlo. "Ese ascensor, Jesús mío, son tus brazos".

➤ "No cansarse nunca de estar empezando siempre" (P. Morales)

Cuatro consejos para mantener esta determinación:

1º. **Docilidad al Espíritu Santo**. Dejarnos gobernar por Él.

2º. **Tener grandes y buenos deseos**, y avivarlos con la penitencia. Pedir deseo de tener deseos. Practicar renunciamientos voluntarios (renunciar es costoso, pero liberador. Ejercitarlo en las pequeñas cosas). Abrazar con paz las cruces que nos llegan, para que nos "poden".

3º. Abandonarse en la Providencia

Abandonarse en Dios es amarle, y amar a Dios es **amar su voluntad**. La voluntad de Dios ¡es Dios! "Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace" (San José Mª Rubio)

"Si caigo enfermo con fiebre, veo en este acontecimiento que lo que Dios quiere es que permanezca indiferente a la salud o a la enfermedad; pero la voluntad de Dios significada es que llame al médico y que yo aplique los medios que estén en mi mano" (Sales).

4º. Entregarse a la divina Misericordia

El abandono no es quietismo, pero sí es recorrer el camino estrecho del evangelio. La frontera entre el abandono y el quietismo es a veces tenue. Por eso, ideas claras. ¿Diferencia?

El abandono espiritual es entregarse a Dios Padre con una confianza absoluta, pero sin dejar nunca de luchar contra el pecado y contra las tentaciones. Dejarse hacer no es un mero dejarse llevar... La vida espiritual consiste en hacer todo lo que está en nuestras manos para llegar a ser perfectos, pero sin caer en el perfeccionismo (= travesía espiritual con aires de combate sin faltas, la rigidez espiritual que busca la perfección en sí misma, la virtud por la virtud, sin tener en cuenta ni el amor ni la misericordia).

Requiere la sencillez de dejarse amar en la suciedad del pecado, inclinados como estamos a rechazar el menor rasguño de la imagen ideal que tenemos de nosotros mismos. La humildad de dejarse salvar por otro, tentados como estamos siempre de querer salvarnos por nosotros mismos, de ser autosuficientes.